

CADA HACIENDA NECESITA UN PERRO

Oí ladrar a un perro anoche-le dijo el señor Pinzón mirando fijamente a su nieto Miguel, que estaba tomando el desayuno. Miguel, dejando la cuchara suspendida en el aire, replicó:

-Tal vez haya sido un coyote. -No, era un perro. Sonaba como el ladrido de ese perro ordinario que tú le diste al policía, el señor Alcalá. -Pero Capitán no es un perro ordinario, abuelo. Es un labrador de pedigrí. O casi puro. Además, yo...

-Sí, ya sé, se lo llevaste al policía. -Interrumpió el abuelo-. Pero tengo la sospecha de que encontró el camino de regreso y de que tú lo estás escondiendo en alguna parte, ¿verdad?

-Sí, abuelo. Está en el galpón viejo, junto al corral. - dijo con un suspiro Miguel, quien ya debía haber aprendido desde los tres veranos que había pasado en la hacienda que no podía ocultar nada de la vista penetrante del anciano. Pero nosotros tenemos que retenerlo, abuelo. -agregó Miguel. Cada hacienda necesita un perro. -Pero no mi hacienda -exclamó éste enfáticamente.

Miguel frunció el entrecejo al recordar vívidamente aquel día en que había atraído al gran perro desde la ciudad. -¿De dónde vino ese perro? -había preguntado el abuelo.

-El señor Alcalá, el policía, me lo dio - había contestado Miguel.

-¡Pues llévatelo de regreso! -le había ordenado su abuelo, y luego se fue.

¿Por qué abuelo no quiere perros? -había preguntado Miguel a uno de los capataces de su abuelo.

-Es que tu abuelo sabía criar ovejas, Miguel. Y el capataz se echó el sombrero hacia atrás-. Un verano vino una jauría que se escondió en la montaña y mató cientos de ovejas. Tu abuelo casi tuvo una quiebra. Desde entonces, no puede ver perros ni en figuras.

Pero el abuelo ya no cría más ovejas, sino reses.

-No importa -dijo el capataz. Tú no puedes quitarle a tu abuelo la idea que tiene de los perros más de lo que puedes detener un ciclón. Es mejor que tomes ese perro, se lo devuelvas al policía, y lo olvides para siempre.

Miguel se había obligado a sí mismo a seguir el consejo del capataz, y pensó que éste sería el fin de todo. Pero la noche anterior el gran perro había vuelto al rancho. La voz del abuelo trajo a Miguel a la realidad del presente.

-Parece que va a llover esta mañana, y me gustaría que me ayudes a contar los novillos que hay en la colina. Y tan pronto como volvamos, este perro se vuelve a la ciudad.

-Bueno, abuelo -dijo Miguel-. Pero creo que debo darle antes algo de comer y un poco de agua. -Pues apresúrate, y nos encontramos en el corral.

Miguel sacó un poco de comida y agua de las gallinas y se apresuró a llevarlo al galpón. El gran perro se puso tan contento que ni olió esa comida. Miguel le acarició la cabeza y le rascó alrededor de las orejas. El perro cuán grande era saltó y se apoyó en el hombro de Miguel, corrió hacia la puerta y luego volvió hacia donde estaba el muchacho y comenzó a mirarlo como pidiéndole algo.

-Lo siento, Capitán, no te puedo dejar salir -le dijo Miguel, poniéndole la mano en la cabeza. -Quieto -le ordenó y salió apresuradamente por la puerta. La cerró bien detrás de sí y corrió para reunirse con su abuelo en el corral.

El perro lanzó unos aullidos, y luego un quejumbroso lamento. -¡Perros! -murmuró el abuelo mientras saltaba sobre el caballo. Esperó a que Miguel montara el suyo, y ambos se dirigieron hacia las colinas.

Antes de que abuelo y nieto hubieran andado un kilómetro, las colinas aparecieron envueltas en lluvia.

-Parece que la atormenta viene hacia aquí -comentó Miguel..

-Sí. Y el Arroyo Grande se pondrá torrentoso enseguida -añadió el abuelo. Mientras el abuelo hablaba, se oyó un ladrido detrás de ellos, y pronto Capitán estuvo a su lado.

-Le apuesto que se escapó-dijo Miguel.

-Te apuesto que sí -contestó el abuelo. -Lo llevaré a casa y luego vendré con usted -se ofreció Miguel. -

No hay tiempo para eso. Seremos afortunados si podemos cruzar el Arroyo Grande ahora -dijo el abuelo con el entrecejo fruncido-. Ese perro tendrá que venir con nosotros.

Y el abuelo espoleó su caballo para que comenzara a galopar. Miguel lo siguió. Capitán, con la lengua afuera, trotaba alegremente a su lado. Cuando llegaron al Arroyo Grande, el agua que corría atendería unos 30 centímetros de profundidad.

–Quédate aquí por un momento mientras observo –dijo el abuelo-. De pronto algo como un rugido resonó desde arriba. Los ojos de Miguel se agrandaron de terror al ver la pared de agua de color pardo que se acercaba llevándolo todo por delante.

-¡Abuelo! ¡La creciente! –gritó Miguel, pero su advertencia llegó demasiado tarde. Hombre y caballo habían desaparecido bajo la rápida y arremolinada corriente de agua. Miguel galopó río abajo por la orilla hasta que vio que el caballo de su abuelo nadaba con denuedo hacia la orilla opuesta. También advirtió la cabeza del abuelo que surgía a la superficie. Las manos del abuelo trataban de asirse de algo. Miguel se bajó rápidamente del caballo, tomó el lazo y corrió a lo largo de la barranca del río. Capitán corría a su lado. -¡Abuelo! –gritó Miguel cuando el hombre se sumergió otra vez. Entonces Capitán ladró fuertemente y se lanzó al agua. Cuando el abuelo emergió otra vez del agua más allá, corriente abajo, Capitán nadó hacia él. La mano del abuelo pudo asirse fuertemente del collar del perro. Capitán trató de dirigirse hacia la orilla, luchando con el peso del abuelo.

-Aquí, Capitán, aquí! –Lo animaba Miguel, corriendo a lo largo de la barranca, tratando de mantenerse a la par de la corriente que parecía querer llevarse al abuelo y perro juntos. En ese momento la cabeza de Capitán se sumergió bajo el agua. El corazón de Miguel parecía haberse detenido por el temor. Después de unos instantes que parecieron siglos el perro y el abuelo reaparecieron en la superficie, un poco más cerca de la orilla.

-Agárrate de la soga, abuelo! –gritó Miguel mientras la hacía zumbir en forma de lazo lanzándola hacia el abuelo. Pero ésta no llegó a su destino. Miguel volvió a enrollar la soga otra vez, y la lanzó fuertemente de tal manera que esta vez llegó hasta el objetivo. Y en pocos minutos ambos, el abuelo y Capitán estaban en la barranca. El abuelo tosía y estornudaba, acostado sobre su estómago.

Miguel se inclinó hacia él.

¿Se siente usted bien, abuelo? –le preguntó ansiosamente. Capitán hizo alejar a Miguel del lado del abuelo y lo olfateó. Entonces, emitiendo un suave lamento el perro comenzó a lamer las mejillas del abuelo.

Esta acción hizo que el abuelo cambió de opinión respecto a Capitán y desde ese momento el perro fue bienvenido a la casa del abuelo siendo el perro preferido de éste.